

# La CLAR al servicio de la evangelización de América

*Elza Ribeiro, h.p.g.*

Celebrar un aniversario es acto eminentemente humano. Celebrar el aniversario de una carta pastoral, es acto eminentemente eclesial. Es traer presente a su inspirador, a su autor, a sus destinatarios y las razones y contenidos que ella explicita.

Estamos celebrando el quinto aniversario de la «Carta apostólica de Su Santidad Juan Pablo II a los religiosos y religiosas de América Latina, con motivo del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo».

Esta carta manifiesta el pensamiento, los deseos, las esperanzas, las preocupaciones y advertencias de nuestro Pastor, dirigiéndose a una parte de su rebaño, responsable de la evangelización, no sólo por la exigencia de su vocación, sino también por el elevado número de fieles que la constituyen.

«Los religiosos y las religiosas representan una fuerza evangelizadora y apostólica primordial en el Continente Latinoamericano, —dice la carta—. La presencia de la vida consagrada es un enorme potencial de personas y comunidades, de carismas e instituciones, sin el cual no se puede comprender la acción capilar de la Iglesia en todas las latitudes, la inserción del Evangelio en todas las situaciones humanas, el auge de las obras de misericordia, el esfuerzo por impregnar las culturas, la defensa de los derechos humanos y la promoción integral de la persona, así como la animación y guía de las comunidades cristianas, incluso en los lugares más remotos».

En la mirada al pasado, la carta hace memoria de hombres y mujeres que supieron responder al llamado y necesidades de su tiempo, impulsados por el celo, por el coraje, la audacia y la generosidad que el Espíritu colocó en ellos, transformándolos en heraldos de la Buena Nueva en medio de un pueblo que se estaba formando. Al mismo tiempo, procuraban ser, junto a los nativos, la

presencia de defensa y protección contra «los abusos de los colonizadores que buscaban su propio interés» y «la custodia de los derechos de las personas que debían ser respetadas y amadas como hermanas».

Recuerda también que esa presencia evangelizadora se extendió a través de cinco siglos, como esfuerzo de «consolidación de la evangelización y en la implantación de instituciones eclesiales, en la promoción de las vocaciones autóctonas y en el florecimiento de nuevos carismas de vida consagrada, nacidos y arraigados en la propia cultura para hacer frente a las nuevas tareas apostólicas».

Esa mirada al pasado llevó al Santo Padre a una actitud de «viva gratitud al Señor por el trabajo de tantos religiosos y religiosas que lanzaron allí las semillas del Evangelio de Cristo». Nosotros comulgamos con este sentimiento.

Al mismo tiempo, la carta lanza una mirada al presente y hace una «cordial invitación a rivalizar en generosidad y dedicación con los primeros evangelizadores», afirmando que también hoy depende de los religiosos y de las religiosas, en gran parte, la realización de esta esperanza de la Iglesia: la evangelización, y más específicamente, la nueva evangelización.

En la explicitación doctrinal de la misma carta, hace una llamada, a su vez, a las enseñanzas y exigencias del Concilio Vaticano II. Se recuerdan los puntos fuertes y esenciales de la renovación que se nos pidió y se señalan asimismo los peligros y desviaciones que la fragilidad humana puede producir. Expresiones de alerta, advertencia o corrección de la vida religiosa, para que pueda seguir «sin mancha y sin arruga» en la dirección que el mismo Señor de la historia le señala.

Agradecida también al querido Pastor por esa mirada de seguimiento y cuidado revelando solicitud paterna y celo por la integridad de nuestra vocación.

Con todo, llama especial atención, y a esto me quiero referir con mayor énfasis, la última parte en la cual se apuntan los desafíos del futuro. Ese futuro ya está en nuestro presente y esos desafíos ya forman parte de lo cotidiano de nuestra vida y ministerio.

La CLAR, como organismo de animación de la vida religiosa en el Continente de la Esperanza, en su trayectoria de servicio, puede hacer un balance de su vida y actuación, y presentar, de manera muy simple y sin pretensiones, los resultados o efectos de este tiempo de peregrinación entre y con nuestros pueblos.

Podemos afirmar que nuestra respuesta y nuestro *adsum* a toda convocatoria de la Iglesia para la misión que Ella confía a la vida religiosa, está cargada de inmensa generosidad, de acogida y alegre donación, aunque marcada por la limitación inherente a la humana naturaleza.

Una acción evangelizadora al servicio del Reino, a partir de una profunda experiencia de Dios, con el espíritu de los Fundadores, en estrecha colaboración con los sacerdotes y los laicos, empeñada en la evangelización de la cultura, en la evangelización sin fronteras —criterios citados en la carta y reforzados en el Sínodo sobre la Vida Consagrada—, merecen nuestra atención y son objeto de nuestra respuesta.

La vida religiosa del Continente se abrió al Sínodo, se preparó para el mismo, ofreció su colaboración, siguió su desarrollo, se informó sobre su contenido, asumió su compromiso de participación por la oración y el interés y ahora espera, con *alegre esperanza*, la exhortación postsinodal.

Esa vida religiosa está marcada por la actitud de servicio, de presencia y de comunión entre el pueblo de Dios. Presencia, servicio y comunión en medio de un pueblo sufrido, marginado, despojado y cada vez más excluido del proceso de desarrollo y participación política, económica, cultural y social que caracterizan el momento crucial de nuestro Continente.

La vida religiosa en América Latina y el Caribe, atenta a la llamada de los nuevos tiempos, como nuestros antepasados en su momento histórico, es incansable en la búsqueda de respuestas y de soluciones y se sorprende por la fuerza que el Espíritu le confiere en vista de la acción que le es pedida por la Iglesia.

El Sínodo de 1994, reafirmando en muchos aspectos los puntos marcados por Medellín, Puebla y Santo Domingo, nos confirma en la convicción de que sólo seremos señal y testimonio del Reino, si

adherimos a la fuerza del Espíritu que cada día está recreando y renovando, sin repeticiones ni cansancio. Adaptándonos a las exigencias de un mundo en constante mudanza, con la atención vuelta hacia las señales de los tiempos, adecuaremos nuestros pasos al ritmo de ese mismo Espíritu.

Los nuevos areópagos, las provocaciones, las nuevas y renovadas formas de acción apostólica, como nos sugiere el Sínodo, tienen resonancia en nuestras vidas.

Actitud de vigilancia, de alerta, de búsqueda: son expresivas de nuestro momento y de las disposiciones que alimentamos (y amamos), como simientes que crecen en nuestro interior —vida religiosa grávida de esperanza—.

Vigilancia, alerta, como el centinela, que escruta las señales y procura discernir el momento, la hora, la realidad, la exigencia, la necesidad, la carencia. «Desde lo alto de mi atalaya, estoy día y noche, en pie», como afirma el profeta (*Is* 21).

La vida religiosa del Continente de la Esperanza, en su actitud de vigilancia, sondea, con larga y sufrida paciencia, las señales de la aurora para no confundirla con el claroscuro de la noche, para no equivocarse y saber reconocer los pasos, las orientaciones, la dirección. En actitud de vigilancia activa, consciente, lúcida, capaz de todos los sacrificios para no perder las manifestaciones del Dios de la historia, del Dios en la historia, que se revela y se comunica poco a poco, mas siempre con la fuerza y vigor, con la suavidad y ternura de la Providencia.

Actitud de búsqueda de caminos y respuestas adecuadas, de medios y métodos reales y capaces de alcanzar la humanidad de hoy, en su esencia más profunda, como persona, creada y orientada hacia los valores del Reino. Desafiante tarea, conquista difícil.

Vigilancia y búsqueda, audaz e intrépida. Como nuestras Fundadoras y Fundadores. Así queremos ser y actuar.

La vida religiosa en su condición de peregrina por el Continente de la Esperanza, busca ser respuesta a las exigencias y necesidades de los tiempos y se empeña por revestirse de algunas características que detecto como importantes y de suma oportunidad:

- Profundamente enraizada en el seguimiento de Jesucristo.
- De un Jesús encarnado, situado, real.
- Buscando respuestas a las realidades y angustias del pueblo.
- Con creatividad y capacidad de descubrir direcciones y de aprovecharse de las brechas para la evangelización.
- Profética y solidaria (en el anuncio, en la denuncia, en la compasión).
- Comprometida con la transformación social: cultura de la vida y civilización del amor.
- Alimentada y animada por una espiritualidad radicalmente evangélica, toda ella sostenida por la escucha de la Palabra de Dios y por la escucha de la vida.
- Asumiendo su compromiso con los pobres y excluidos, con expresión máxima en la presencia e inserción en los medios más carentes y marginados.
- En el camino de la inculturación.
- Dejándose cuestionar y provocar por lo social y lo político.
- Capaz de comprometerse con la transformación de la sociedad, ofreciendo formas alternativas de vida, de relaciones, de comunión, de organización, de participación.
- Según el ejemplo de María: toda presencia y toda servicio, afectiva y efectiva.
- En actitud eclesial: en la Iglesia, con la Iglesia, como pueblo de Dios.
- Eminentemente eucarística: cuerpo entregado y sangre derramada.
- Esencialmente pascual; símbolo, señal y realidad de una vida nueva, resucitada, llena de alegría y de esperanza.
- Manifestando su identidad en la comunión y en el servicio.
- Reveladora del rostro materno de Dios: apertura, acogida, ternura, misericordia, amor gratuito, sin medida, acción providente.

Una vida religiosa que lleve en su interior las marcas de esta vitalidad ciertamente será apta para asumir su papel en la nueva evangelización y para atender las necesidades del mundo moderno. Será capaz de estar en el mundo y de cumplir en él su misión de sal, luz y fermento.

Una vida religiosa abierta a lo nuevo, sin dejarse seducir por la novedad y sin tampoco huir de las raíces vitales y revitalizadoras de su origen. Una vida religiosa que realizará su misión de «punta de

lanza», sin el recelo de los riesgos que su posición de vanguardia ciertamente le trae.

Para favorecer y ayudar esta expresión de vida, en su misión de animar la vida religiosa, la CLAR estableció su proyecto y el dinamismo con la alegría de poner caminar junto con las entidades y organismos a los que está más directamente ligada en la Iglesia.

Nuevas y esperanzadoras relaciones con el CELAM, contratos con el DEVIC, posibilidades de trabajos e iniciativas en común, de diálogo, de ayuda, de colaboración, de cooperación y de participación, son señales que apuntan a un mayor compromiso de servicio y de misión.

La vida religiosa quiere continuar siendo fuerza viva y actuante, capaz de asumir los desafíos de la Nueva Evangelización y del nuevo milenio, con la garra, el coraje, la audacia y el profetismo de los Fundadores.

La Iglesia puede contar con nosotros: somos más de ciento cincuenta mil religiosas y religiosos en el Continente.

Me es grato constatar que dos tercios de este contingente está formado por mujeres; mujeres consagradas que ponen al servicio de la Iglesia, del pueblo al que pertenecen, sus fuerzas y energías, con toda la riqueza de su ser femenino. Mujeres que buscan su lugar y su misión como factores decisivos e indispensables para la construcción de una nueva imagen de Iglesia y de mundo.

Conscientes de nuestro papel, confortadas y estimuladas por la valoración que nos viene del Sínodo, esperando que sean realidad las propuestas e intenciones tantas veces allí expresadas, aguardamos con impaciente y paciente espera la apertura de los espacios de mayor participación y mayor responsabilidad que la Iglesia nos posibilitará.

La mujer consagrada en América Latina y el Caribe, no es sólo una fuerza y un elemento indispensable para la nueva evangelización, sino que es sobre todo el elemento clave capaz de abrir las puertas a un nuevo y creciente dinamismo de renovación, de transformación, de cambio de estructuras que pueden ofrecer a la sociedad mismos criterios y modelos de nuevas relaciones evangélicas en-

tre las personas, los organismos y en el desarrollo de la vida social. Presentes en todas las áreas de la actividad humana, con las notas específicas de su identidad y espiritualidad, marcadas por los carismas —dones del Espíritu a la Iglesia, pueblo de Dios—, las mujeres consagradas saben distinguir con nitidez la hora, el momento, el tiempo y la urgencia de su acción y quieren la garantía de que las puertas estén abiertas para su participación y mayor compromiso corresponsable en el interior mismo de la Iglesia.

El Sínodo abrió espacios para la esperanza: el camino es largo y los pasos lentos. Mas la mujer consagrada está firme y fiel mientras espera. Con María, como María.

Estamos en Adviento. La actualidad de la carta cuyo quinto aniversario celebramos hoy se fortalece por los importantes acontecimientos eclesiales que a la misma siguieron.

Renovando de manera muy sincera el agradecimiento de la vida religiosa por el cariño, solicitud y atención del Santo Padre, al dirigirse a nosotros como Pastor, amigo y conocedor de nuestro camino, expreso también mi reconocimiento a la CAL por esta iniciativa y agradezco la delicadeza de la invitación para estar presente y traer mi palabra.

En mi corazón de mujer, de mujer consagrada, de mujer consagrada latinoamericana, al terminar el Sínodo, buscaba una expresión que significase los sentimientos de Jesús y las palabras que Él mismo podría haber dirigido a la vida religiosa del Continente de la Esperanza.

Aquí las tengo, queriendo con ellas expresar lo mucho que la vida religiosa sabe estar comprometida con la Iglesia, con el Reino, en este final de milenio y como preparación para el nuevo período de la historia que se anuncia marcado por la sed de infinito, por la sed de valores inmutables, porque está saturado de la transitoriedad e insatisfacción de los recursos de una sociedad que agota su capacidad de convencimiento y de persuasión. He aquí como mi corazón se expresa:

*Jesús habla a la Iglesia:*

Vela diligentemente sobre la vida religiosa,  
esta parte de mi rebaño que te está confiado.  
Apoya sus iniciativas,  
estimula su creatividad.  
No pongas resistencia a su audacia.  
Respeto el soplo del Espíritu que está constantemente  
recreando  
renovando  
abrasando  
a quien por Él es consagrado  
impeliendo a un siempre mayor compromiso con el Reino.  
Exhorta, reprende, amonesta, reconduce,  
si es necesario,  
mas siempre con entrañas de amor y de misericordia  
que Yo, tu Fundador, deposité en ti.

*Jesús habla a la vida religiosa:*

Sé fiel, hasta la muerte a la vocación a la que fuiste llamada.  
Ocupa tu lugar en mi Iglesia con  
el cariño y la ternura de hija,  
el ardor de apóstol,  
la audacia de profeta  
la fuerza del mártir,  
la alegría del Espíritu,  
la pasión por el Reino,  
el celo del carisma,  
la santidad a la que te llamo.  
Abre los ojos y el corazón,  
atenta a la realidad,  
perspicaz para leer los signos de los tiempos,  
dócil a la Palabra,  
sensible a la vida, sobre todo a la vida  
disminuida,  
desprotegida,  
explotada,  
excluida.  
No te dejes abatir, acobardar, amedrentar.

Sé valiente. Sé fuerte. Sé alegre.  
Alimenta en ti el amor,  
fuente generadora, dinamizadora, potencializadora  
de la vida que el Padre quiere para toda creatura.  
Ten los ojos puestos en María,  
tu modelo y ejemplo,  
y sigue sus huellas.  
Vida religiosa de América Latina y del Caribe,  
convéncete de que recibiste  
misión-*munus*-tarea-papel-vocación-gracia  
junto a las Iglesias del mundo  
que tienen los ojos y la esperanza vueltos hacia ti.  
Tu nombre, vida religiosa, está escrito  
en el Corazón del Padre.

**ELZA RIBEIRO, H.P.G.**

Brasileña. Presidenta de la Confederación Latinoamericana de Religiosos  
(C.L.A.R.).

